

## EL TRATAMIENTO

Alfonso abre el sobre, echa una ojeada, y al oír los pasos de Ángela bajando por las escaleras, esconde rápidamente la carta en la carpeta.

— ¿Se ha quedado llorando? — pregunta Alfonso.

—No, bueno... al principio un poco, pero Remedios le ha dado una rosquilla, ya sabes lo que le gustan.

Salen del portal y se encaminan hacia el Ambulatorio. Hoy, siete de mayo, tienen cita con el médico. Desde hace cinco meses, tienen cita cada dos semanas.

La sala de espera está a rebosar. Una joven, amablemente, se cambia de asiento para que se puedan sentar juntos. Ángela mira una y otra vez el reloj, se retuerce las manos, mira por la ventana, se mueve en la silla.

— ¡Qué calor hace! — dice, secándose el sudor de la frente.

Alfonso, le coge la mano, se miran. Hace cinco meses ya, el doce de diciembre, en una consulta como esta, don Manuel dijo:

—Insuficiencia renal crónica terminal, pronóstico: seis meses de vida. A no ser que llegue a Salamanca un tratamiento nuevo, el riñón artificial. Estamos en proceso de traerlo, pero es complicado y lleva tiempo. Si sus riñones aguantaran hasta ese momento, el pronóstico sería distinto.

Aquel día, aquel doce de diciembre, al volver a casa, Ángela se desplomó en el sofá, la mirada perdida, la niña abrazada. Al día siguiente se levantó con todo el pelo blanco. Alfonso no podía dar crédito a lo que estaba pasando. La historia se repetía. Su primera esposa había muerto a los treinta dos años, de cáncer. Luego conoció a Ángela, soltera, nunca le había salido novio, por ese defecto en un ojo, una pupila alargada en lugar de redonda. Se entendieron, se casaron, pusieron una tienda de comestibles, aprendieron a quererse, a ser felices, la tienda iba bien y nació Angelita. Fue un embarazo muy complicado y las molestias, en contra de lo que se esperaba, permanecieron después del parto, y poco a poco, fueron a más.

— ¿Has traído los informes?

Alfonso los saca y se los enseña, cuidando de que no vea la carta.

Cinco meses de lucha, arañando días de vida. Nada de sal. De carne y pescado, poco, porque ahora, para Ángela, son veneno. Los lácteos limitados. Desaguando todas las verduras como si de bacalao se tratara. Y de agua, casi nada, porque cada día orina menos. Tiene los tobillos como botijos, a veces la hinchazón le llega a las rodillas. El médico dice que si llega a los pulmones, se puede ahogar. Edema agudo de pulmón, lo llama.

Por fin les toca. Entran, temblorosos, en la consulta. Don Manuel no tiene el semblante severo de otras veces, incluso parece que sonrío.

— La analítica está bastante bien, dado el contexto en el que nos encontramos, y levantándose, le ausculta los pulmones, le palpa los tobillos; y explora la fístula que el cirujano vascular le ha hecho en el brazo izquierdo.

— Todo está bien. Hay que empezar el tratamiento cuanto antes. Mañana por la mañana, a las ocho, tienen que presentarse en la sala de diálisis, ya está todo arreglado — dice con cara de satisfacción y una amplia sonrisa — hemos ganado la batalla.

— Gracias a ustedes.

— Gracias a todos, pero sobre todo a usted, porque ha cumplido con la dieta con tanto rigor y porque su organismo ha aguantado la deficiencia renal.

Intercambian frases de reconocimiento mutuo, de alegría, de esperanza, y al irse, don Manuel se levanta para acompañarlos hasta la puerta.

Salen del ambulatorio como en estado de shock, sienten que un peso se les ha quitado de encima. Vuelven despacio, hasta les apetece sentarse en un banco en el parque y ven que el césped está cubierto de margaritas, entonces se dan cuenta de que es primavera. Alfonso le pasa el brazo por encima de los hombros y la besa en la frente. Se miran, con la felicidad que da ver un futuro.

Al llegar al edificio, pasan por el segundo para recoger a la niña. Le cuentan a Remedios lo que ha dicho el médico, se abrazan, ella pregunta, ellos responden, lloran, ríen.

Ya en casa, Ángela se sienta en el sofá y siente que desde hace cinco meses, es la primera vez que descansa. Mira a su hija y la abraza con fuerza, besándole las manitas, la cara, acariciándole el pelo. Él, en la habitación, saca la carta y la lee, esta vez con más calma. El secretario del pueblo le informa que la compra de la sepultura se ha realizado correctamente. Alfonso guarda la carta en el escritorio, en el fondo de un cajón con cerradura.

Lola Andrés P.